

3. Llegó por este tiempo á Córdoba un cierto monje de Palestina llamado Jorge, que habia pasado 27 años en el monasterio de san Sabas, y habia sido enviado por el abad de otro monasterio de 500 monjes al Africa para recoger limosna; y hallando este pais oprimido por los sarracenos, le aconsejaron que pasase á España, en donde encontró tambien la religion perseguida. Dudando entonces acerca del partido que debia tomar, se dirigió á un monasterio de santos religiosos que estaba en Tebana para recomendarse á sus oraciones. Allí encontró á Natalia, la cual al verle dijo: — Este buen monje será nuestro compañero en el martirio. — Y así fué, pues el dia siguiente condujo Natalia á su casa de Córdoba al santo religioso, en donde encontraron á Felix y á Libiosa su muger, que con Aurelio platicaban acerca del comun deseo de morir por Jesucristo; y así, todos por un divino impulso resolvieron únanimemente ir á la iglesia para darse á conocer por cristianos, y conseguir el martirio, como realmente le alcanzaron.

4. No fueron arrestados en la iglesia, pero al regresar de ella fueron interrogados por un ministro del gobierno, que era moro, porque habian entrado en aquella iglesia. Y le respondieron: — Suelen los fieles visitar los sepulcros de los mártires, y esto acabamos de hacer nosotros, que todos somos cristianos. — Aquel ministro dió luego parte de ello al magistrado de la ciudad, y al dia siguiente vinieron los soldados, y estando ya en la puerta de la casa, gritaron: — Salid luego, miserables, venid á la muerte, ya que teneis fastidio á la vida. — Salieron jubilosos los dos mártires con sus mugeres, y hallándose el monje Jorge como olvidado, dijo á los soldados: — ¿Y porqué quereis violentar á los

cristianos á que sigan vuestra falsa religion? — Por estas solas palabras se vió luego maltratado por los soldados con puñetazos y puntapiés, hasta que le echaron por tierra, y le dijo Natalia: — Levantaos, hermano, y marchemos todos. — Y él le contestó: — Yo entretanto, hermana, he ganado esta friolera. — Incorporóse pues, medio muerto, y así fué presentado al juez, el cual les preguntó á todos porque corrian tan obcecadamente á la muerte, haciéndoles grandes promesas si querian renunciar á Jesucristo. Mas ellos unánimes respondieron: — De nada nos sirven estas promesas: nosotros despreciamos esta vida presente, porque esperamos gozar otra de mejor: nosotros amamos nuestra fé, y aborrecemos toda otra religion. — Mandóles el juez á todos á la prision, de la cual habiéndoles hecho salir despues de cinco dias, y encontrándoles firmes en la fé de Jesucristo, los condenó á todos á morir, menos á Jorge. Pero diciendo este entonces que Mahoma era hijo del demonio, y que todos sus secuaces eran condenados, fué condenado él tambien á la muerte como los demás. Mientras caminaban al suplicio, Natalia daba ánimo á su marido, de lo cual airados los sayones se propasaron á maltratarla con puñetazos y puntapiés, y así la acompañaron hasta el lugar de la ejecucion, en donde todos fueron por fin martirizados á 27 de julio del año 852.

§ XLVI.

SANTOS TARAGON, PROBO Y ANDRÓNICO.

1. En el martirio de estos tres santos mártires se debe admirar hasta donde llega la crueldad de los hom-



bres y la paciencia de los Santos, asistidos de la divina gracia. Escribe el P. Orsi (tom. 4, lib. 9, u. 50) que no existe documento mas claro y auténtico en toda la antigüedad que aquel en que se conservan originales las actas de estos santos mártires.

Numeriano Máximo presidia en Tario, metrópoli de la Silicia, á quien fueron presentados un día nuestros tres Santos, acusados de profesar y seguir la religion de Jesucristo. El P. Orsi describe minuciosamente cuanto se refiere á la historia de estos Santos, pero nosotros recapitularemos lo mas esencial, para no cansar la atencion del lector con tan largas narraciones.

2. Taraco, por ser el mas avanzado en edad, fué el primero á quien interrogó el Prefecto por su nombre. Contestó el Santo : — Soy cristiano : — Y le replicó el mismo. — Lo que yo quiero saber es vuestro nombre : — y Taraco volvió á contestar con las mismas palabras. Enojado Máximo ordenó á sus ministros que le rompiesen las quijadas mientras le dirigian estas palabras : — Aprende á no responder una cosa por otra. — He dicho mi verdadero nombre, continuó el Santo, por los demas soy llamado Taraco; añadiendo en seguida, que era militar y ciudadano romano, pero que habia renunciado á la milicia por ser cristiano. — Mira, le dijo entonces Máximo, que eres ya anciano : quiero honrarte si obedeces á los príncipes, así pues, sacrifica á los dioses. A lo cual contestó el Santo : — Los príncipes viven obcecados por el demonio. Yo solo hago sacrificios á mi único Dios que consisten en la efusion de mi corazon y no en inmunda sangre de animales de que no necesita. Dedicado pues á adorar la ley santa de mi Dios, no me es dado adorar las de los falsos dioses. — ¿Pues hay

otra ley, le pregunta Máximo, mas digna de ser respetada, que la que reconoce el imperio? — Y Taraco le contesta : — Esta vuestra ley es impía mientras adorais por dioses los leños y las piedras. — Máximo entonces lo mandó desnudar y azotar con duras varas, durante cuyo suplicio decia el Santo : — Estas heridas me confortan y me animan á depositar toda mi confianza en Dios y en Jesucristo. — A cuyas palabras le interrumpió Máximo diciéndole : — Cómo? ¿con que tú sirves á dos dioses, pues afirmas que hay Dios y hay Jesucristo, y niegas despues la pluralidad de dioses? — Pero el Santo le contestó : — Yo no reconozco mas que á un solo Dios, porque Cristo es hijo de Dios, y el Padre y el Hijo no son mas que un solo Dios verdadero. — No queriendo Máximo escuchar por mas tiempo, los que creia delirios de nuestro Santo, le mandó á la cárcel, y ordenó que le fuese presentado Probo.

3. Interrogado tambien acerca de su nombre y nacimiento, respondió que le llamaban Probo, pero que el nombre que mas le complacia era el de cristiano, añadiendo que su padre era natural de Tracia, bien que él habia nacido en Panfilia, de condicion plebeya, y que aunque su patrimonio no era pequeño, lo habia renunciado para entregarse enteramente al servicio de Dios. Ordenóle Máximo que sacrificase en honor de los dioses, con lo cual, le dijo, que seria honrado de los emperadores, y él lo admitiria desde luego en su amistad. Probo, sin dar oidos á sus ofrecimientos, le contestó que nada le importaban los honores que pudieran venirle de parte de los príncipes, ni menos su amistad. Dispuso entonces Máximo enfurecido, por el desprecio con que le habia desatendido, que fuese despojado de sus ves-



tidos y crudamente azotado con látigos de nervio, y cuando lo vió casi desangrado lo hizo volver y mandó continuar los azotes sobre el vientre. Invocaba Probo el auxilio del Señor, y lo escarnecía Máximo preguntándole, en donde estaba el auxilio que le enviaba su Dios; pero el Santo le contestó con entereza: — Manifiesto está el auxilio que me concede mi Dios y Señor, puesto que ves con cuanta fortaleza resisto y desprecio los tormentos que me impones. — Miserable, le dijo Máximo, ¿no ves la tierra como está empapada de tu sangre? — Pues bien, repuso Probo, sábeta que cuanto mas sufre mi cuerpo, mayor es el triunfo que alcanza mi alma. — Cansado el tirano de atormentar á nuestro Santo, sin fruto, lo mandó restituir á la cárcel, y ordenó le fuese presentado Andrónico.

4. Interrogóle Máximo como á los demas acerca de su nombre y estirpe, y contestóle el Santo que era cristiano, que le llamaban Andrónico y que era de Efeso, hijo de nobles padres. Dijole en seguida Máximo: — honra á nuestros príncipes y padres, y sacrifica á nuestros dioses; y Andrónico le contestó: — Has dicho bien cuando has dicho *nuestros padres*, porque por padres teneis á los demonios. — Máximo sin irritarse por entonces prosiguió diciéndole: — Tengo lástima de tu juventud: no quieras hacerte reo de crudos castigos: sacrifica á nuestros dioses. — Pero insensible nuestro Santo á su amonestacion, le contestó: — Te parezco jóven por mis pocos años, pero debes saber que mi alma ha alcanzado la edad viril: me hallo dispuesto y preparado á todos los tormentos. — Mandó entonces el juez que fuese atormentado, y un cierto escribano que se hallaba presente le instó á que obedeciese al presi-

dente, pero el Santo le contestó en estos términos: — Guardad, amigo, para vos los consejos: siendo vos de mayor edad que yo, dais con todo claro indicio de locura, pues que me aconsejais sacrificar al demonio. — Mientras le iban despues atormentando, le dijo el tirano: — Desdichado! no sientes los tormentos? Porque no renuncias á tus locuras, las cuales no pueden libertarte de mis manos! — Y el Santo le contestó: — Bienaventuradas locuras para aquel que confia en Dios: pero tu sabiduría te conducirá á tí á una muerte eterna. — Ordenó entonces el juez que fuese atormentado cruelmente en las piernas, que le lacerasen los costados y que ademas le fuesen desgarradas las llagas con cascajo de tierra cocida, todo lo cual sufrió el Santo con entera resignacion. Ultimamente le fueron puestos otra vez los grillos y la argolla y fué restituido como los demas á su encierro.

5. Habiendo partido el presidente á Mopsuesta, mandó conducir á nuestros Santos á aquel lugar, y habiendo hecho comparecer á Taraco le volvió á intimar que sacrificase á los dioses: negóse á ello el Santo con su acostumbrada firmeza, y el tirano le mandó golpear la boca con una piedra hasta hacerle caer todos los dientes, á lo cual le dijo el Santo. — Aunque mandases quebrantar todos mis miembros, siempre me hallarás el mismo: pronto me tienes á sufrir cuanto te plazcas en imaginar, que no podrá menos de asistirme aquel por quien peleo. — Máximo entonces, habiendo mandado traer fuego, le hizo quemar las manos, pero el Santo añadió sin turbarse: — No me intimida este fuego: el que me llena de terror es el fuego eterno, en donde debería arder si te obedeciese. Máximo enfurecido le



mandó atar por los piés, y le hizo suspender sobre un grande humo que dispuso de antemano, todo lo cual sufrió el Santo sin proferir una queja, por lo cual ordenó el tirano que se le introdujese en la nariz vinagre, sal y mostaza, y continuando el mártir en sufrir en silencio, fué restituido á la cárcel, disponiendo el desalmado juez afligirle despues con nuevos tormentos.

6. Mandó en seguida comparecer á Probo y le dijo : — Sacrificando á los dioses los mismos emperadores, como te atreves tú á negarte á sacrificarles? — Y le contestó Probo : — Los mismos tormentos que me habeis hecho sufrir me han infundido nueva fortaleza : así que en vano intentareis seducirme á que sacrifique á los dioses que no conozco. Yo adoro á un Dios solo y único de quien soy el mas humilde siervo. ¿Sacrificaré á los leños y á las piedras que son los dioses á quienes adorais? — Interrumpióle Máximo lleno de saña y le mandó desgarrar la boca, y despues le mandó quemar las plantas de los piés con planchas de hierro candente, y como desdeñase el Santo el rigor de tantos tormentos, le hizo estender en el ecúleo y allí le mandó azotar sin piedad con nervios de buey; y no consiguiendo por esto agotar la paciencia heróica de nuestro Santo, le hizo rapar la cabeza y ponerle encima carbones encendidos. Viendo por último el tirano que nada conseguia con los tormentos, probó seducirle con la promesa de los favores y privanza de los emperadores, asegurándole se la concederian, conforme la habian dispensado á otros; pero el Santo le contestó : — Todos estos se han perdido miserablemente con tantos favores. ¿Que bien puede prometerse jamás el que pierde la gracia del verdadero Dios? — Máximo á quien irritaban las mas

comedidas razones le mandó abofetear, y despues le hizo conducir de nuevo á su encierro.

7. Mandó en seguida entrar á Andrónico, á quien quiso dar á entender que Taraco y Probo habian sacrificado á los dioses, pero conociendo Andrónico la asechanza : — Mientes, le dijo, es falso que tan grandes varones hayan hecho lo que dices, ni esperes que yo jamás lo haga. No temo tu furor : prepárame cuantos tormentos quieras, y verás cuanto puede contra su crudeza un verdadero siervo de Dios. — El tirano enfurecido, al oir tales palabras, le mandó atar á cuatro palos, y le hizo azotar con nervios de buey, y el Santo con fortaleza sin ejemplo le dijo : — A esto se han reducido todas tus amenazas? — Y como un oficial movido á compasion le dijese que todo su cuerpo era una llaga, le respondió el Santo : — Las llagas que abren en mi cuerpo los enemigos de Dios, me facilitan el camino para la gloria. — Entonces Máximo ordenó que le cubriesen de sal todas las heridas y el Santo les invitaba á que echasen mayor cantidad, diciéndoles con gracejo á los satélites, que de este modo quedaria su cuerpo perfectamente condimentado. — Pues veremos, le dijo entonces Máximo, si tú logras vencer mi crueldad ya que de este modo la provocas. — Pues veremos, respondió el Santo, si me vencen á mí tus tormentos, á mí á quien se complace Dios en proteger y fortalecer. — Cansado Máximo de atormentarlo y de admirar su constancia, le mandó volver á su prision.

8. Tuvo Máximo que pasar á Anazarbo y dispuso que le condujesen allí á los tres Santos; y dirigiéndose á Taraco, volvió á ordenarle que sacrificase á los dioses, y como Taraco le dijese que para tales dioses y para los



que los honraban estaba preparado el fuego eterno, le dijo el tirano : — Lo que tú andas requiriendo con tus insolencias es que te mande decapitar cuanto antes, para librarte de una vez de padecer. — Pero el Santo le contestó con firmeza : — Te engañas : antes bien te ruego que prolongues mi combate, para que me haga digno de mayor premio. — Desgraciado ! le contestó el tirano, ¿y qué premio aguardas despues de la muerte? — ¿Pues ignoras, repuso Taraco, el premio que dispone Dios á sus siervos en el paraíso? — Por último, despues de otros razonamientos, el tirano le mandó atar en el ecúleo, le hizo quebrantar el rostro y le mandó clavetear los pechos con puntas de hierro encendido, le mandó cortar las orejas y desollar la cabeza que mandó cubrir con ascuas. El Santo durante tan horroroso suplicio le decia : — Inventa martirios : jamás volveré la espalda á mi Dios y Señor que de este modo me fortalece. — Finalmente el tirano le hizo ahugerear los sobacos con las puntas de hierro inflamadas y tras esto le mandó á la cárcel para ser espuesto á las fieras.

9. Llegado Probo á presencia del inhumano juez, y dando muestras de proseguir en su acostumbrada constancia, dispuso Máximo que fuese suspendido por los piés, y le mandó clavetear los costados y las espaldas con las mismas puntas de hierro candente. En seguida, dispuso que le introdujesen en la boca vino y carne de los restos ofrecidos en un sacrificio, y le dijo : — De que te han servido los tormentos padecidos? Cata ahí que has participado de nuestros sacrificios. — ¿Y crees con esto, le contestó Probo, que has conseguido algun triunfo? Por mas que hayan sido las hediondas materias

de vuestros altares que has introducido en mi boca, no por esto has conseguido contaminar la pureza de mi alma, puesto que no se oculta á mi Dios y Señor la violencia con que lo has verificado. — Para saciar su ira, dispuso Máximo que le fuesen claveteadas las piernas y las manos con las puntas de hierro ardiente, y despues los ojos. Durante tan horroroso suplicio no profirió el Santo la menor queja, sino que se deshacia en alabanzas al Señor, y por último dirigiéndose al tirano le dijo : — No cesarán mis alabanzas al soberano Señor que me sostiene, mientras conservare un alito de vida. Mis deseos son acabarla entre los tormentos mas horribles que sepas discurrir, para que de este modo pueda yo tributar á mi Dios los testimonios de fidelidad que le debo.

10. Fué por fin conducido Andrónico, el cual continuó despreciando las amenazas y las ofertas que le hacia Máximo para seducirle, por lo que dispuso este, que le encendiesen haces de papiro sobre el vientre, y ordenó que le claveteasen las yemas de los dedos con aquellas puntas de hierro encendido. El Santo invocando á Jesus, daba cada vez nuevas muestras de incontestable sufrimiento. Entonces mofándose Máximo de sus santas plegarias le dijo : — Este Jesus en quien confias, fué un malhechor á quien mandó crucificar Poncio Pilatos. — Calla, malvado, le contestó Andrónico, que no eres digno tú de poner en tus labios el nombre de mi Señor Jesucristo. Si le conocieras, no blasfemarías de su nombre como haces, ni perseguirías á sus siervos, así que tanto tú como tus cómplices, os vereis hundidos en eterna perdicion. Quiera Dios daros á conocer el mal que habeis hecho. — A estas palabras mandó Máximo



que le arrancasen todos los dientes y que le cortasen la lengua.

11. Al día siguiente hizo preparar un combate de fieras á las cuales mandó esponer á nuestros santos mártires ; pero como las fieras los dejasen intactos, dió orden que se buscase la mas cruel. Eligióse una osa sumamente fiera, mas deteniéndose junto á Andrónico, empezó á lamerle las llagas, por lo cual mandó el tirano que fuese muerta á los pies mismos del Santo. Echóse en seguida en el anfiteatro una leona enfurecida, pero se rindió á los piés de Taraco como una oveja : ordenó Máximo que se procurase enfurecerla, pero se disponia á lanzarse contra los espectadores, por lo que volvió á encerrársela en su cueva. Ultimamente no sabiendo Máximo que disponer, mandó por los gladiadores, los cuales dieron muerte á los tres Santos, con lo cual alcanzaron la merecida palma del martirio.

§ XLVII.

DE S. QUIRINO OBISPO.

1. En el año 305 bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano, sucesores de Galerio, continuóse la persecucion contra los cristianos. S. Quirino, que era obispo de Siscia en la Croacia, y habia convertido todo el pais á la fé de Jesucristo, sabiendo que Máximo, presidente de la Pannonia, habia dado orden para prenderlo, salió de la ciudad, para cuidar mas esmeradamente de su grey ; pero no tardó en ser arrestado y presentado á Máximo, que le preguntó por que huia, á lo cual respondió el Santo, que no habia hecho mas que cumplir

con la orden del Señor, que ha dicho : — Si te ves perseguido en una ciudad, escápate á otra. — ¿ Pero ignorais, le dijo el juez, que los emperadores pueden encontraros en cualquier lugar que os escondais, y que vuestro Dios no puede libraros de caer en nuestras manos como habeis visto? — El Santo le contestó : — Yo no sé mas, sino que el Señor está con nosotros, y que puede socorrernos en todo lugar. El es el que me fortalece en mi ancianidad, y el que me dará tambien fuerza suficiente en los tormentos.

2. — Hablais demasiado, le dijo Máximo, confiado seguramente en vuestros años, y procurais deslumbrarnos con vuestros discursos, pero dejad las razones y prestad mas sumision. No queremos mas cristianos en el imperio : las órdenes del emperador son que todo el mundo sacrifique á los dioses, así pues disponeos á obedecer. — Oida la intimacion, respondió el Santo con entereza : — No puedo someterme á unas órdenes que son contrarias á mi religion. ¿ Dejaré de obedecer á Dios por obedecer á los hombres? — Máximo entonces continuó diciendo : — Buen hombre, si hubieses vivido menos, no sabrias tantas fábulas ; obedece al emperador y serás sabio, á lo menos al fin de tus dias. Escoge : ó serás sacerdote de Júpiter, ó morirás entre tormentos. — El Santo sin vacilar ni turbarse le contestó : — Ya he elegido : soy sacerdote y ahora lleno uno de mis deberes ofreciéndome en sacrificio á mi Dios, considerando sumamente dichoso en ser al tiempo mismo el sacerdote y la víctima.

3. Máximo, no pudiendo sufrir su presencia de ánimo le mandó azotar crudamente, pero el santo obispo, levantados los ojos al cielo, se esmeraba en dar



gracias á Dios; y volviéndose al tirano, le dijo que estaba dispuesto á sufrir mayores tormentos para dar ejemplo é infundir buen ánimo á sus ovejas. No quiso Máximo que muriese por entonces, y en consecuencia le mandó á la cárcel. Luego que entró en ella el Santo se puso en oracion, dando nuevas gracias al Señor, por las pruebas por donde tenia á bien acrisolar su constancia, rogando ademas por los que gemian en los encierros por ser cristianos. A cosa de la media noche se vió un extraordinario resplandor que circunía al Santo, á cuya vista, el carcelero, que se llamaba Marcelo, se arrojó súbitamente á sus plantas exclamando: — Siervo santo de Dios, rogad por mí, que firmemente creo que no hay mas Dios verdadero que aquel que vos adorais. — Acogiólo S. Quirino con suma alegría, y despues de haberle instruido en los principales misterios de nuestra religion, le bautizó. Al cabo de tres dias envió Máximo á nuestro Santo cargado de cadenas á ser juzgado por Amacio gobernador de una parte de la Pannonia, que corresponde hoy á lo que conocemos por Ungria. Antes de llegar al lugar del juicio, fué encerrado en la cárcel de Sababia, en donde algunas devotas cristianas le llevaron algunos alimentos, y al tiempo de echarles el Santo su bendicion, cayeron de sus pies y manos las cadenas con que estaba aherrojado, queriendo mostrar con esto el Señor, cuan grata le era la caridad, que se habia hecho al santo obispo.

4. El gobernador mandólo al fin comparecer, leyóle el proceso que contra él se habia instruido, y procuró aterrarle con el temor de una cruelísima muerte, recordándole su edad avanzada; pero el Santo le respondió, que por lo mismo que su edad alcanzaba la decrepitud,

se encontraba mas dispuesto á despreciar la vida. Conociendo Amacio que no era posible hacer mudar de intento al Santo, le mandó poner una enorme muela de molino en el cuello, y en seguida lo hizo precipitar al río Sibari. A presencia de inmensa multitud se dió el cumplimiento á la sentencia, pero cual no fué el pasmo universal, al ver que el cuerpo del Santo sobrenadaba sobre las aguas á pesar de tan enorme peso? Aprovechando los últimos instantes de su vida empezó el Santo á exhortar á los cristianos desde el centro de las aguas, amonestándoles á ser fieles y constantes á la religion que profesaban, continuando su plática durante algunas horas. Tan estupendo milagro convirtió á nuestra fé un sin número de paganos, despues de lo cual hizo el Santo el siguiente ruego: — Salvador mio Jesucristo, este pueblo ha sido ya testimonio de vuestro inmenso poder: concededme la gracia de morir por vuestro amor, y no permitais que pierda la corona del martirio. Sumergiósese entonces el Santo en las aguas, entregando su alma al Criador á los cuatro dias del mes de junio, al principiarse el siglo cuarto. S. Gerónimo pone su muerte en el año 310, pero el cardenal Baronio la cita en el año 308. El cuerpo de este santo obispo fué sepultado en Roma, cerca la catacumba de S. Sebastian; é Inocencio II lo mandó transportar despues á la iglesia de santa María de la Transververacion.

§ XLVIII.

DE S. BIAGIO TAMBIEN OBISPO.

1. Era este Santo natural de Sebaste, ciudad de Ar-



menia : aplicóse siendo jóven al estudio de la filosofía, en la que hizo grandes progresos : dedicóse despues á la medicina, en la que sobresalió tambien. Pero como su principal ciencia era el amor divino, llevado de la mas ardiente caridad, iba siempre en busca de los pobres, á quienes socorria, sobre todo cuando estaban enfermos. Habiendo muerto el obispo de Sebaste y siendo públicas las costumbres y doctrina de nuestro Santo, le eligieron aquellos fieles por su pastor y padre.

2. Aceptó Biagio el obispado, no queriendo contrariar la divina voluntad, que tan claramente se habia manifestado en su eleccion, pero no perdió en el ejercicio del gobierno de su iglesia el amor que desde jóven habia profesado á la soledad, por lo que se retiró á un monte próximo á la ciudad, llamado Argeo, habitando una caverna que allí habia. Viviendo el Santo en dicho lugar, quiso el Señor honrarlo con muchos prodigios, para patentizar á los demas fieles la santidad de su buen siervo, por lo que acudian á él las gentes de diversas partes para pedirle auxilio en sus enfermedades, tanto del cuerpo como del alma. Hasta las fieras mas indomables acudian á él para recibir consuelo en sus necesidades, pero sucedia esto con tal prodigio, que cuando le hallaban entregado á la oracion, no le molestaban, sino que mansas y pacientes esperaban á que hubiese concluido el santo ejercicio, y no se retiraban jamás si antes no les concedia su santa bendicion.

3. Hacia el año 315, Agrícola, gobernador de Capadocia y de la Armenia menor, habiendo llegado á Sebaste, á donde le habia mandado el emperador Licinio, para dar muerte á todos los cristianos, que á la sazón gemian en los encierros por su amor á la fé, así que

llegó á la ciudad, dió orden que fuesen sin escepcion espuestos todos á las fieras. Al punto mandó gente á los vecinos bosques en busca de fieras para la ejecucion de tan bárbaro designio. Partieron los satélites del tirano, y habiendo llegado al monte Argeo, encontraron una multitud de animales silvestres, reunidos á la entrada de la caverna, y en medio de ellas divisaron á nuestro Santo que hacia oracion. Admirados de tal prodigio, volviéronse á la ciudad y dieron conocimiento de todo á Agrícola, el cual, aunque quedó admirado del hecho, ordenó que le fuese presentado el santo anacoreta. Fueron pues los soldados y le intimaron la orden del gobernador, y entonces el Santo lleno de júbilo ; — Vamos, les dijo, vamos á verter la sangre por Jesucristo : — Y volviéndose á los que tenia al lado les hizo saber que hacia mucho tiempo que suspiraba por el martirio, y que aquella misma noche le habia manifestado Dios, que se dignaba aceptar el sacrificio de su vida.

4. Habiéndose divulgado por la ciudad que llegaba preso á Sebaste por orden del gobernador el santo obispo, llenábanse los caminos de inmenso gentío, y todos con lágrimas de ternura le pedian su santa bendicion. Hubo especialmente una madre que le puso llorando un niño á sus piés, el cual se iba ahogando, por tener una espina atravesada en la garganta, por lo que se hallaba ya casi espirando. Enternecido S. Biagio por las lágrimas de aquella afligida madre, se puso en oracion, y como escribe un historiador, rogó entonces al Señor que no solo aquel niño, sino que cuantos en lo sucesivo le invocasen por intercesor para curar de tal enfermedad, recibiesen la salud. Concluida la oracion el niño quedó perfectamente sano, y de aquí tomó ori-



gen la devocion que comunmente tienen los pueblos á este Santo para curar de los males de garganta.

5. Así que llegó Biagio á la ciudad, fué presentado al gobernador, el cual le ordenó que al punto se preparase para sacrificar á los dioses, á cuya intimacion respondió el Santo: — Oh Dios: ¡Cómo os atreveis á llamar dioses á los demonios autores de todo mal! no hay mas que un solo Dios inmortal, y este es el Dios que yo adoro. — Enfurecido Agrícola al escuchar tal respuesta, le mandó azotar tan cruelmente y por tan largo tiempo, que se creyó que debia allí mismo espirar el Santo; pero manifestándose todavía risueño y alegre despues de tan grande suplicio, fué encerrado en obscura prision, en donde hizo tantos milagros, que el gobernador le mandó lacerar de nuevo con garfios de hierro. Corria la sangre del Santo por el suelo, y unas santas mugeres tuvieron la devocion de recogerla. Su piedad no tardó en ser premiada, pues fueron detenidas con dos hijas suyas, y conducidas al gobernador; el cual habiéndolas mandado sacrificar á los dioses, bajo pena de muerte, pidieron ellas que les trajesen los ídolos, creyendo algunos que era para llenar el sacrificio, pero así que los tuvieron en sus manos los arrojaron al lago, por cuya accion fueron decapitadas en el acto, con sus hijas.

6. Lleno de furor y de confusion Agrícola, se dirigió á nuestro Santo, y no satisfecho con los tormentos atroces que le habia hecho sufrir, añade otro autor, que le mandó poner en el ecúleo y le hizo despedazar las carnes con peines de hierro, y despues, abiertas las recientes llagas, le hizo vestir una coraza encendida. Desconfiando al fin de poder contrastar su constancia,

ordenó que fuese arrojado al lago. Santiguóse el Santo y caminando por encima de las aguas, se quedó sentado en medio del lago, é invitó á los idólatras á que hiciesen otro tanto, si juzgaban que sus dioses tuviesen poder bastante para librarles del peligro. Algunos temerarios tentaron imitarle, pero perecieron al punto sumergidos en las aguas. El Santo al fin, oyó una voz celestial que le mandaba salir del lago para recibir el martirio, por lo cual habiendo llegado á la orilla, fué inmediatamente decapitado por órden del emperador. Sucedió tan glorioso martirio en el año 310. La república de Ragusa ha elegido por patrono á este santo mártir, y otras muchas ciudades le cuentan en el número de sus santos tutelares.

§ XLIX.

DE SANTA ANASTASIA.

1. Habiendo fallecido el emperador Galo, le sucedió en el imperio Valeriano, por los años 244, en cual en un principio se manifestó propicio á los cristianos, por cuya razon muchos de estos frecuentaban su palacio. Pero cuanta fué su primitiva benevolencia, tanto mayor fué despues la crueldad que desplegó en su persecucion. Entró en privanza de este príncipe un egipcio que era mago, y como los cristianos con la sola señal de la cruz destruian todos los prestigios de que se valia el diablo para alucinar á los gentiles, estimulado el emperador por las sugeriones del favorito, tomó la resolucien, á fines del año 247, de esterminar la cristiandad.

2. Era santa Anastasia hija de Roma de ricos y nobles